

La hiena y la liebre

Una antigua historia africana cuenta que las hienas y las liebres se llevaban muy bien, hasta que se dio el caso de que una hiena y una liebre se hicieron muy buenas amigas. La liebre era sincera, pero la hiena era muy egoísta y se aprovechaba de su amistad con la liebre para engañarla siempre que podía.

A menudo iban juntas a pescar y si la liebre conseguía un buen pez para comer, la hiena hacía trampas y usaba triquiñuelas para comerse su pescado. La hiena a base de engaños, siempre se salía con la suya y dejaba a la pobre liebre sin su pescado.

Un día, la liebre pescó el pez más grande y apetitoso que había visto en su vida y se lo enseñó orgullosa a la hiena. La hiena llena de envidia pensó en cómo quedarse con el succulento pez.

- ¡Amiga, este pez tiene una pinta deliciosa! - dijo la liebre a la hiena - Esta noche me daré un gran festín.

A la hiena se le hacía la boca agua y se le ocurrió una excusa para que la liebre no se lo comiera.

- Yo que tú no comería ese pez - dijo como si no le importase el pez - Es demasiado grande y como tú tienes un estómago pequeño, te va a sentar mal. Además, es tanta cantidad que se pudrirá antes de que puedas comértelo todo.

- ¡No te preocupes, amiga! ¡Lo tengo todo pensado! - le contestó la liebre - Ahumaré todo lo que me sobre para que se conserve y así no tendré necesidad de ir a pescar en una buena temporada.

La hiena se despidió de su amiga la liebre y se alejó muerta de celos. Tenía que pensar un buen plan para ser ella quien disfrutara de ese rico manjar.

- ¡Ese pescado tiene que ser mío y sólo mío! - *pensó la hiena llena de envidia.*

Al caer la noche, regresó en busca de la liebre. La encontró dormida junto a unas brasas donde se asaba el pescado ¡El olor era delicioso y no hacía más que salivar imaginando lo rico que estaría! Se aproximó al fuego dispuesta a robar la pieza y salir corriendo hacia su casa.

Sigilosamente, cogió un trozo de pescado intentando no hacer ni pizca de ruido. Pero la liebre, que en realidad se hacía la dormida, se levantó y cogiendo la parrilla que estaba encima del fuego, golpeó a la hiena con ella. El animal empezó a chillar y a dar saltos de dolor.

- ¡Debería darte vergüenza! - *gritó la liebre enfadada* - ¿Y tú dices ser mi amiga? ¡Los amigos se respetan y tú siempre estás abusando de mi confianza! Por si fuera poco, encima intentas robarme a mis espaldas ¡Vete de aquí! ¡No quiero verte más!

La hiena estaba avergonzada. El deseo de comerse el pez que no era suyo había sido más fuerte que su amistad y ahora lo estaba pagando bien caro. Se alejó humillada y con el lomo marcado por las barras al rojo vivo de la parrilla.

Desde entonces, las hienas tienen rayas en la piel y odian a las liebres.